

—Torpes! dijo tomando una actitud teatral.

—Sí, torpes, no retiro la frase; pero esto no es cuenta tuya, mi querido Monjoyeux.

Y Octavio contó naturalmente sus aventuras nocturnas.

—Comprendo, dijo. Vaya una adquisicion! Como si no tuvieses ya demasiadas mujeres!

—Hombre, por mucho pan nunca mal año.

—Otra vez eres víctima de tus ilusiones. Pero ya te quedarás sorprendido cuando el naipe dé la vuelta. Tu dama de Espadas habrá ya minado el género humano y tu dama de Oros estará picada de viruelas, la dama de Copas tendrá la nariz colorada y tu dama de Palos.....

—Chist! interrumpió Octavio: sobre ésta ni una sola palabra!

## XIV.

### LA VUELTA POR EL LAGO.

A las cuatro Octavio montaba á caballo para dar la vuelta al lago por mas que hiciese un tiempo abominable. Desafiaba la brisa, la nieve y el frio.

Habia pocos coches y juzgó que no le seria difícil el reconocer el de la señora que firmaba la dama de Espadas.

El sombrío cielo habia arrojado en su imaginacion tintas grises.

—Monjoyeux quizá tenga razon, pensaba, vá á comenzar el capítulo de las ilusiones perdidas.

Un cochecito arrastrado por dos caballos de lujo desembocó en el lago.

Quizá sea éste, dijo Octavio.

Y se inclinó maquinalmente. Era un saludo ó un movimiento de curiosidad. La señora del coche se mantuvo firme y su cabeza no se movió ni un milímetro.

—Nó: es imposible que sea ella, dijo Octavio que habia reconocido á la condesa de Entraygues.

Su caballo estaba ya á veinte pasos del coche cuando volvió la cabeza.

La condesa de Entraygues se hacia traicion: habia levantado las cortinillas del coche.

—Será ella, se preguntó Octavio.

Quiso volver las riendas á su caballo; mas prefirió ser discreto; prosiguió su camino jurando que sabria á que atenerse en el segundo encuentro, lo cual no le impidió de lanzar una escrutadora ojeada á los otros coches.

Su imaginacion estaba ya dominada por la señora de Entraygues.

Era una de las mas hermosas mujeres de las fiestas parisienses. Su belleza no era escultural, mas en cambio, era una belleza graciosa. Tenia un no sé que en los ojos y en la boca que triunfaba en los hombres con mas seguridad que el juego de las líneas absolutas.

París la habia encontrado aquí y allí y en los mas espléndidos salones; pero no con frecuencia. Pasaba la mitad del tiempo en Inglaterra y vivia mucho en su palacio que era un precioso nido situado en la avenida de la Reina Hortensia, por mas que su marido no viviese mucho con ella.

Al segundo encuentro sonrió, y Octavio que era inteligente vió la emocion á través de la sonrisa.

Entonces ya no dudó y espoleó su caballo para dar otra vuelta en el lago, mientras que la señora de Entraygues daba la tercera.

El jóven podia simplificar esta táctica, mas quizá hubiese comprometido la condesa. Sin hablar, del

cochero y del lacayo existen siempre en el Bosque, ojos vigilantes, envidiosos y celosos; no me refiero á los ojos del señor de Entraygues, que pasaba su vida en el club, fumando ó jugando cuando no estaba encerrado en la habitacion de la señorita Eva.

En el último encuentro, la señora de Entraygues se inclinó por completo sobre la portezuela del carruage con la coqueteria de una mujer cuya belleza está demasiado oculta detrás de un abanico y que está orgullosa de mostrar su semblante.

Parecia decir:

—Os he atrapado; vos creiais que yo era fea y soy hermosa.

El coche partió al galope hácia la avenida de la Emperatriz.

Octavio se adelantó á él, para volver á ver á la condesa y para que tuviese noticias suyas al entrar en su palacio.

En efecto cuando ella entró en su casa, despues de haber dado una vuelta por los Campos Eliseos, su doncella la entregó una cajita de dulces.

—Quién trajo esto? pregunto la señora de Entraygues.

—Una amiga de la señora condesa, que sin duda habrá sido madrina en un bautizo.

—No vino con carta?

—No señora.

—Quién lo trajo?

—Un negro.

—Es singular, dijo la condesa, mis amigas no tienen negros.

La condesa tuvo como un resentimiento. Luego que se vió sola abrió la caja.

—No hay carta alguna, dijo; me he engañado.

Y cogió un dulce para llevarlo á los labios.

Entonces observó que los dulces no estaban colocados con aquel órden fino y esquisito con que saben colocarlos los confiteros.

Vació la caja en una copa, donde habia tarjetas de visita.

—Un billete! exclamó ruborizada.

Su emocion fué tan viva que miró el billete sin tocarlo.

—Qué divertido es el amor! dijo entre dientes.

La condesa se imaginaba que era ya adorada. Cogió el billete mirando la puerta.

—Me parece, dijo, que va á quemarme los ojos.

Y leyó:

«Puesto que sois tan bella y puesto que os amo, venid á la fiesta nocturna de los patinadores. No tengais miedo de mi amor helado. Fuera de esto ya conoceis el proverbio: «Es mas peligroso deslizarse en el cespéd que en el hielo.» Yo seré vuestro para-  
caidas.»

—No iré, dijo la señora de Entraygues.

Y fué.

Os haré gracia de todos los combates que se dis-

putaron su alma. Aquella era su primera aventura. Quería y no quería. Seguía en su fantasía todos los matices de un amor imprevisto y atormentado. Luego se refugiaba con la tranquilidad de la conciencia, en los deberes del matrimonio. Pero debo decir, que la imágen de su marido no la contenía mucho tiempo. Había gastado por él sus primeras aspiraciones románticas y en el último cuarto de la luna de miel, se había apercebido de que su esposo no era su hombre.

Si no os parece mal, contaremos aquí la historia de este matrimonio.